

obra producida en el campo de las ciencias sociales deba ser *teórica* en sentido estricto, sí es necesario que se explicita un cuerpo interpretativo de la información acuñada y se lo proyecte coherentemente a lo largo del texto. Desafortunadamente, el cuerpo interpretativo no aparece aquí claramente. Más allá de unos vagos señalamientos al indudable proceso de modernización de la sociedad, a la tensión entre lo "tradicional" y lo "nuevo", a la lucha del capital por crear "hombres nuevos", no se dan elementos interpretativos que permitan entender con mayor profundidad el período descrito. Incluso las mismas categorías no son precisas: ¿qué es, por ejemplo, lo "moderno" o lo "tradicional" en los años veinte? (Aquí se reclama no una definición descriptiva, sino analítica, enmarcada en hipótesis interpretativas). Lo mismo podría preguntarse acerca de lo "regresivo" o "progresivo" que continuamente opone el autor para una serie de fenómenos del decenio. Incluso sobre la misma tesis de la imposición creciente del capitalismo, no se avanza mucho en la obra. En las Conclusiones, la comparación con los procesos de modernización vividos en Europa y los Estados Unidos permanece inmersa en el sabor descriptivo que recorre al texto.

Hay algo, sin embargo, que hace que el trabajo analizado se destaque dentro del conjunto de las investigaciones históricas recientemente publicadas: el estilo ágil y ameno en el que está escrito. Desde los tiempos de Heródoto se sabe que escribir historia es aplicar una dosis de imaginación a lo que, de lo contrario, sería una árida recolección de datos aislados. Uribe Celis se inscribe en esta sana tradición historiográfica. Tanto por su estilo literario como por las ilustraciones que acompañan al texto, su libro es de aquellos que se leen con agrado. Con razón el maestro Vidales señala que "fue escrito expresamente para ser leído".

En síntesis, cabe decir que *Los años veinte en Colombia* es un buen trabajo descriptivo, en el cual Uribe Celis entrega al lector, en forma

amena, el sabor cultural de una de las épocas más ricas de nuestra historia. Con todo, yo discreparía de la opinión del prologuista, cuando compara a los años veinte con un limón que ha sido exprimido "hasta la última gota" por Uribe Celis. Afortunadamente, para la investigación histórica, todavía queda aún mucho jugo por exprimir.

MAURICIO ARCHILA N.

¿Alzamientos campesinos traicionados?

Ensayos de historia social y política del siglo xx

Gonzalo Sánchez

El Áncora Editores, Bogotá, 1985, 275 págs.

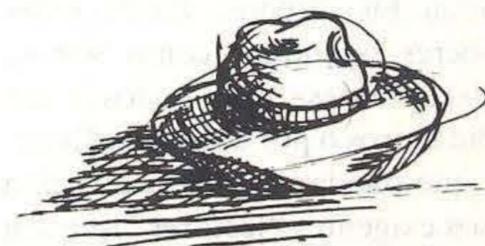
En un solo volumen se reúnen tres trabajos estrechamente ligados entre sí y que muestran la continuidad del trabajo histórico del autor. El primero de ellos, *Los bolcheviques del Líbano*, fue publicado en 1976 y reeditado, corregido, en 1981. *Las ligas campesinas en Colombia* es un texto de 1977. Estos dos ensayos se reproducen sin modificaciones y a ellos se añade el artículo, *Raíces históricas de la amnistía o etapas de la guerra en Colombia*, escrito con ocasión de las recientes discusiones sobre la paz y la amnistía.

Los tres estudios se refieren a diversos aspectos de las luchas campesinas en Colombia, y están escritos con una simpatía que alcanza a dar vida y calor a un conjunto de investigaciones que, por la amplitud de los archivos revisados y la sólida base erudita que los sustenta, podrían sufrir de la ilegibilidad de buena parte de nuestra reciente producción histórica.

En *Los bolcheviques del Líbano* el autor narra en un estilo casi novelesco los antecedentes e incidentes de la revuelta que en 1929, en nombre de ideales socialistas, realizó un amplio grupo de artesanos y campe-

sinos del municipio del Líbano, departamento del Tolima. Sánchez reconstruye en forma segura las condiciones económicas, sociales y culturales de la zona de la insurrección, y contra ese trasfondo muestra los incidentes de una rebelión que, pese a su derrota, dejó huella profunda en la actitud política de la región. Entre los dirigentes y agitadores que promovieron la acción se halla, a más del zapatero Pedro Nárvaez, la interesante figura de Julio Ocampo Álvarez. En 1928 este oficia como secretario en "bautismos socialistas", organiza la "unión obrera", une su "suerte a la de la Camarada Señorita Rut Mejía Gómez", según "nuestro santo Ideal" y, a fines del año, aparece como organizador de "mil macheteros negros de Puerto Tejada que al declararse la huelga de las Bananeras, se quedaron esperando la orden nacional de movilización en solidaridad con aquella" (pág. 73). Reaparece, el 26 de agosto de 1933, sin que el autor destaque su presencia, encabezando con su firma un elaborado memorial, a nombre de la Liga Campesina del Tequendama, en el que denuncia la situación que se vivía en Viotá (Cundinamarca).

Este brillante trabajo tuvo la virtud de ampliar la estrecha visión que tenía la historiografía colombiana sobre las agitaciones y conflictos de la década de 1920, limitada a las principales huelgas de la época. Su análisis es casi siempre indiscutible, aunque para sustentar algunos puntos concretos el autor se apoya en datos insuficientes: por ejemplo, dado lo poco que se sabe sobre la organización de la conspiración, ¿por qué atribuir con tanta seguridad a la izquierda liberal su freno? Igualmente no queda claro el hecho de que aunque los datos apunten a una revuelta en la que el sector rural tiene una posición muy subordinada, el autor la defina sin embargo como una revuelta campesina.

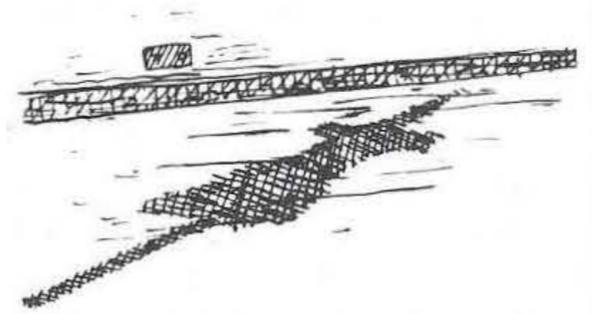


El segundo ensayo, *Las ligas campesinas en Colombia*, pese a referencias ocasionales a otras regiones, se concentra en el estudio de las luchas agrarias en las zonas cafeteras de Cundinamarca, libradas entre 1928 y 1936. En el momento de su aparición, este estudio hizo aportes sustanciales, tanto desde el punto de vista factual como del interpretativo, al conocimiento de un tema todavía ignorado y que después recibió atención creciente. Entonces sólo había aparecido un breve ensayo de Hermes Tovar¹; casi simultáneamente se publicó la tesis de grado de Gloria Gaitán sobre el tema². Luego varios trabajos de Darío Fajardo y Marco Palacios³ han ofrecido una visión más compleja de los conflictos agrarios de la época. Sánchez hizo entonces una buena caracterización de las condiciones sociales de la región y de los tipos de conflicto, una presentación adecuada de las formas de organización campesina y de sus vínculos con los grupos políticos del momento, en especial la izquierda liberal, la Unir y el partido comunista.

Éste es también un excelente artículo, lleno de sugestivos análisis y apoyado en una amplia documentación, entre la que se advierte, sin embargo, la omisión de los materiales de orden departamental, de primordial importancia: esto explica que a veces Sánchez atribuya a la nación actos que otros autores, como Carlos Lleras Restrepo o Palacios, asignan al departamento de Cundinamarca, como la adquisición de la hacienda El Soche. Dada la complejidad de los problemas que plantean algunas de las interpretaciones del autor, resulta difícil discutirlos en forma adecuada en una breve nota, sin simplificar indebidamente una argumentación fluida y matizada como es la del autor. Pero es preciso señalar que la visión del conflicto agrario que expone el autor parece apoyarse

en supuestos más o menos implícitos, y que son muy discutibles. En efecto, la narración de los acontecimientos presenta a un campesinado militante y revolucionario, que ha acumulado una experiencia de enfrentamientos radicales “contra todo un régimen político y social”, y que ha constituido una amplia y vigorosa red de ligas campesinas, convertido, en poco tiempo, en un campesinado desarmado ideológica, militar y políticamente. Las ligas campesinas se vuelven entonces “dóciles instrumentos [...] de la burguesía nacional” y el proceso culmina con la “claudicación” del movimiento y de la izquierda frente al reformismo del presidente López Pumarejo expresado ante todo en la ley de tierras. Al presentar las causas de esta brusca y sorpresiva transformación, el autor destaca ante todo la política del partido comunista, en particular cuando decidió dar su apoyo a la llamada “Revolución en Marcha” y al Frente Popular. Para darle tal trascendencia a la actitud relativamente moderada del partido comunista, es necesario minimizar las transformaciones reales que ocurrieron en la región, en especial los éxitos de la presión campesina para lograr la fragmentación de las haciendas. El autor ve como secundarias las parcelaciones, y sostiene que “si el balance de las luchas campesinas se hiciera sólo en base a ellas el saldo sería indiscutiblemente pobre” (pág. 148). Igualmente debe presentarse al campesinado inicialmente mucho más revolucionario de lo que probablemente fue, a costa de que luego aparezca como indefenso e ingenuo frente a las maniobras de los sectores políticos de izquierda durante el gobierno de López. Por último, el argumento exige suponer que existían condiciones para una lucha campesina de contenido revolucionario y con posibilidades de apoyo nacional, lo que no resulta comprobable a partir de la información existente, que apunta más bien hacia una localización muy precisa de las zonas de conflicto. Las dificultades de esta posición se advierten con claridad al ver el tratamiento que el autor da a los grupos

agrarios orientados por Erasmo Valencia y Juan de Dios Romero. Estos dirigentes aparecen bajo una luz muy positiva y como representantes de los verdaderos intereses campesinos, e implícitamente como más radicales que el partido comunista. Sin embargo, los textos aducidos por el autor muestran en ellos una posición agrarista y reformista bastante clara.



Todas estas dificultades parecen en buena parte innecesarias. ¿No es más fácil admitir que los campesinos querían destruir las condiciones concretas de explotación que sufrían y ante todo cambiar el régimen local de las haciendas por una estructura en la que dominaran los pequeños propietarios, capaces de sembrar y comercializar el café y dueños de parcelas debidamente tituladas? Si esto es así, no tiene nada de extraño que la destrucción de las haciendas locales y su parcelación, con apoyo, así fuera vacilante, del gobierno, transformara las condiciones sociales del campesinado y debilitara las bases de su radicalismo, que por lo demás nunca desapareció por completo. No es fácil entender cómo los campesinos se dejaron embaucar por unos dirigentes claudicantes: ¿por qué, entonces, no surgieron proyectos políticos y conductores diferentes que lograran un respaldo real? ¿Por qué, si Romero y Valencia adoptaron posiciones más de acuerdo con los intereses de los campesinos, estos siguieron a los falsos profetas, a unos dirigentes claudicantes. ¿Por qué no aparecieron proyectos alternativos con respaldo campesino real?

El último artículo, *Raíces históricas de la amnistía o etapas de la guerra en Colombia*, presenta las actitudes de los grupos guerrilleros frente a la amnistía ofrecida por el gobierno militar en 1953. El análisis de las exigencias de los distintos sectores y de

¹ *El movimiento campesino en Colombia durante los siglos XIX-XX*, Bogotá, 1975.

² *Colombia, la lucha por la tierra en la década del 30*, Bogotá, 1976.

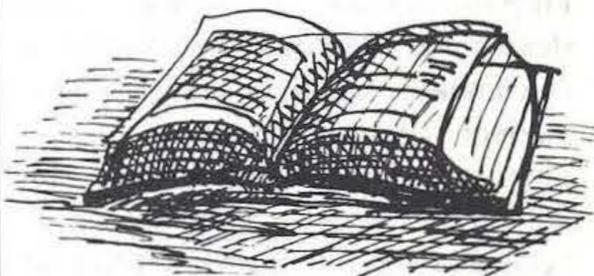
³ *El café en Colombia*, Marco Palacios, Bogotá, segunda edición, 1983. *Violencia y desarrollo*, Darío Fajardo, Bogotá, 1979.

las respuestas estatales permite esbozar una tipología muy útil y muestra una gradación del radicalismo y del grado de conciencia política de guerrilleros como Guadalupe Salcedo, Eliseo Velásquez o el "capitán" Franco. La calidad del estudio es indudable, pero de nuevo parece que el autor exagera el radicalismo de las confrontaciones y la realidad de que se estuvieran gestando condiciones para una revolución clásica. El autor dice que "mientras dentro del movimiento guerrillero ganaban fuerza ciertas posiciones socializantes [...] a nivel nacional se agudizaron las contradicciones entre el Ejecutivo y las Fuerzas Armadas y la clase dirigente, sabedora del incontrollable proceso que se estaba incubando". ¿Sí era tan incontrollable el proceso y tenía tanta conciencia de ello la clase dirigente? ¿Tenía el movimiento guerrillero verdadera posibilidad de conquistar el poder con un proyecto socializante? Tal vez pueda considerarse como respuesta a estas preguntas un párrafo del texto, cuando afirma que el grupo del capitán Franco "fue quizá el único de los de inspiración liberal que formuló expresamente la necesidad de articular el problema de la pacificación a un programa de reforma agraria, relación que las clases dominantes tardaron varios años en reconocer". El programa de Franco consistía en la "solicitud de distribución de tierras y ayudas a los campesinos pobres y sus familias", algo que no puede verse sino como expresión de reformismo agrario. En estos apartes, otra vez el supuesto de que existían las condiciones para un proceso revolucionario le permite al autor presentar al partido comunista como un grupo político que con su conducta condujo a una negociación que desmontó las posibilidades de una explosión revolucionaria. La misma perspectiva parece tener del proceso de paz actual, impulsado por fuerzas que desde el gobierno buscan "una renegociación que aplase el *estallido final*" (subrayado mío).

Con todo, pese a la dramatización de ciertos procesos y a la atribución al partido comunista de una capaci-

dad de movilización, y también de desmovilización, que parece exagerada, los aportes de este trabajo, en el plano empírico y en el caso de muchos análisis concretos, son de valor y vigencia indudables.

JORGE ORLANDO MELO



Bolívar y el Caribe: una historia veraz, pero fría

Bolívar y la independencia de Cuba
Margarita González
El Áncora Editores, Bogotá, 1985,
141 págs.

El bicentenario del nacimiento de Bolívar, celebrado hace dos años, arroja un balance bibliográfico bien pobre. La conmemoración, en efecto, terminó por avasallar la investigación, y la apología se impuso sobre la crítica. Por ello, la mayoría de los libros y los artículos publicados en el país antes, durante y después de la efémeride se resienten del culto a la personalidad del héroe, rasgo que por desgracia distingue todavía a los escritos sobre Bolívar. Tan sólo dos o tres textos recientes escapan a la mediocridad general por su voluntad de verdad, por su rigor académico y por su carácter historiográfico. Uno de ellos es la tesis de Juan Diego Jaramillo, *Bolívar y Canning*, presentada en la London School of Economics y editada por el Banco de la República en 1983. Otro es el nuevo libro de Margarita González sobre el proyecto bolivariano de incorporar a Cuba a la guerra de liberación nacional hispanoamericana.

La profesora González, del departamento de historia de la Universidad Nacional, tiene una reputación en el medio académico colombiano

por sus estudios sobre el período colonial. El trabajo que nos ocupa es su primera obra sobre la época de la independencia y al mismo tiempo sobre la gestión de Bolívar como padre fundador de los estados nacionales de los Andes suramericanos. *Bolívar y la independencia de Cuba* se nos presenta como una investigación acerca de la situación del Caribe frente a la lucha emancipadora encabezada por el caudillo venezolano y la historia secreta del proyecto fallido de extender el esfuerzo liberador a su isla de Cuba. La autora, en tono didáctico, casi menor, narra la evolución de la campaña insurgente en la región centroamericana y caribeña a lo largo de los primeros años del siglo XIX, señala el papel de Bolívar en este complejo proceso y discute en detalle la tentativa de liberar a Cuba en que se empeñó Bolívar durante el período 1822-1830. Este propósito, que encaja perfectamente dentro de la geopolítica bolivariana y está impregnado del mesianismo y providencialismo del Libertador, fracasó por varias razones, entre las cuales cabe mencionar la adversa relación de fuerzas que imponía la coyuntura internacional, los conflictos separatistas que dieron al traste con la Gran Colombia y el voluntarismo típicamente jacobino del proyecto de Bolívar, que es como el pecado original de los regímenes instaurados o inspirados por el caraqueño.

El libro de la profesora González, aunque correcto en su concepción y ordenado en su presentación, es el producto de una historiografía fría, narrativa, de estirpe norteamericana quizá, que deja de lado el problema central de la obra de Bolívar: la responsabilidad del abuelo legendario en el diseño y la construcción de una arquitectura republicana *sui generis* cuya supervivencia, contra toda evidencia y contra toda esperanza, es el misterio supremo de la historia de Colombia.

HERNANDO VALENCIA VILLA